

“No entendían aquello y les daba miedo preguntarle”
“¿De qué veníais hablando por el camino?”

En el Evangelio del domingo pasado escuchábamos por un lado la confesión de fe de Pedro: **“Tu eres el Cristo”**. Y también el primer anuncio que Jesús de forma clara y explícita hace de su pasión. Recordad que decía san Marcos que Jesús se lo explicaba todo a los discípulos con claridad: que tenía que morir condenado por las autoridades judías.

Y tras el anuncio de la pasión, veíamos cómo el mismo Pedro que había confesado que Jesús era el Mesías, se escandalizaba de las palabras de Jesús sobre su futura muerte y lo reprendía. También veíamos cómo Jesús, ante esta actitud de Pedro afirmaba su camino hacia la cruz como el único camino que Dios había previsto y querido para él: **“¡Quítate de mi vista, Satanás! -le dice a Pedro-, ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!”**.

He querido recordar el evangelio del Domingo pasado porque hoy Dios insiste en el mismo asunto. Acabamos de escuchar el segundo anuncio en el que Jesús habla a los suyos, a los más cercanos, de su muerte. Y hoy no hay introducción a este anuncio de la pasión y muerte, sino que directamente Jesús nos habla de ello: **“El hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará”**.

Algunas expresiones que usa Jesús nos pueden parecer a nosotros un tanto oscuras y eso nos puede hacer entender de forma incorrecta lo que dice el evangelista de los discípulos: “No entendían aquello y les daba miedo preguntar”. Veamos esas expresiones para ver luego qué es lo que, en realidad, no entendía y les daba miedo preguntar:

Jesús usa la expresión **“hijo de hombre”**. Normalmente esta expresión de “hijo de hombre” no tiene ningún significado especial, sino que era una forma habitual con la que Jesús hablaba o se refería a sí mismo a su propia persona, una forma de hablar de sí mismo, una forma de decir: **“yo voy a ser entregado en manos de los hombres, me matarán y, después de muerto, a los tres días resucitaré”**. Los apóstoles estaban acostumbrados a esta expresión en labios de Jesús.

También estaban acostumbrados a una forma de hablar sobre Dios, típicamente judía, que Jesús usaba a menudo. Los judíos, para hablar de Dios sin nombrarlo, para no tomar en vano el nombre de Dios, solían construir las frases en pasiva omitiendo el sujeto agente. Pongo un ejemplo para que lo entienda todo el mundo. Si decían: “Se dijo a los antiguos no matarás”, todos entendían que Dios dijo a los antiguos “no matarás”. Si decían “Israel fue liberado de la esclavitud”, todos entendían que Dios había liberado a Israel de la

esclavitud. Si decían: “El Mesías será enviado”, todos entendían que Dios enviará a su Mesías. De igual manera, cuando Jesús dice: **“el hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres”**, lo que está diciendo y lo que los apóstoles entienden es: “Dios me va a entregar en manos de los hombres”.

Por tanto, los apóstoles entendían perfectamente el lenguaje de Jesús, estaban acostumbrados a aquellas expresiones y formas de hablar. A lo que no terminaban de acostumbrarse era a aquella perspectiva de muerte, de condena pública y de fracaso que Jesús ponía ante sus ojos. Por eso añade el evangelista: **“No entendían aquello y les daba miedo preguntar”**.

Es verdad que no podían entender qué significa aquello de la resurrección, al menos no como iba a suceder en realidad, porque la mayoría de los judíos de entonces imaginaban la resurrección sólo al final al final de los tiempos y para una vida semejante a ésta: una resurrección para esta tierra, para este mundo. Un grupo más pequeño, pero el más poderoso en tiempo de Jesús, el de los saduceos, que era el grupo de los sacerdotes, no creía en resurrección alguna. Para ellos sólo existe esta vida y Dios paga al hombre por sus obras en esta vida, de tal forma que la enfermedad o la pobreza o una muerte ignominiosa o vergonzosa son signo de la condena de Dios y la realización de su castigo. Como os decía, los apóstoles no estaban en la situación mental que les permitiera entender de qué hablaba Jesús realmente cuando hablaba de su resurrección, sólo cuando vieron a Cristo resucitado pudieron entender poco a poco esto de la resurrección.

Sin embargo sus categorías mentales les habrían permitido entender perfectamente de qué les hablaba cuando les hablaba de muerte. A la muerte la conocemos todos los hombres, porque a todos se nos mueren los padres o los hermanos o los amigos o los hijos, y todos sabemos que moriremos. Sin embargo esto no lo entendían los apóstoles, no entendían que el Mesías, el Cristo, tuviese que morir; menos aún entendían que Dios entregase a su Mesías en manos de los hombres para que lo matasen.

Tenían las categorías mentales para entender las palabras de Jesús, pero no estaban en la actitud moral necesaria que les permitiese entender. No era su inteligencia la que fallaba, sino su disposición moral: no era una deficiencia de su inteligencia, sino de su corazón, de su voluntad: no querían entender, no estaban dispuestos a aceptar aquello, no estaban dispuestos a aceptar el destino de la muerte o de la cruz. Por eso no querían siquiera preguntar: **“No entendían aquello y les daba miedo preguntar”**. Les daba miedo preguntar porque no querían caminar hacia la cruz, porque la rechazaban en lo más profundo de su corazón, porque a ellos, como a nosotros hoy, les aterrorizaba la humillación, el fracaso, el sufrimiento y la muerte. Su disposición moral era otra bien distinta.

Y ¿qué disposición era esa? Se ve enseguida en el relato de san Marcos, cuando al llegar a Cafarnaum Jesús les pregunta por la conversación que habían traído por el camino. Imagino que cuando Jesús hizo este segundo anuncio de la pasión, ellos se callaron e irían todo el camino sin decir nada a Jesús, temerosos de que de nuevo les hablase de lo que no querían saber nada; sin embargo entre ellos sí fueron hablando, ¿de qué? **-De quién de entre**

ellos era el más importante, de esto fueron hablando. Su maestro les habla de que Dios ha dispuesto entregarlo en manos de los hombres para que lo maten y ellos hablan de ambiciones y de privilegios. ¡Curioso contraste! Ésta era su disposición moral, aquí se manifiesta dónde estaba su voluntad y su corazón. Es claro que no era su inteligencia la que no podía entender lo que Jesús les decía sino su voluntad, su corazón, que se negaba a entender. Pero en el fondo sabían que su actitud era contraria al camino que su maestro les proponía. Por eso, cuando Jesús les pregunta, ellos callan, callan avergonzados. **“¿De qué discutíais por el camino? Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante”**.

Pues bien, trayendo el Evangelio a nuestras vidas: lo mejor que hoy podemos hacer, lo más útil, será preguntarnos por nuestra disposición moral para seguir a Jesús. Él nos habla hoy a nosotros de lo que Dios ha dispuesto para él en favor nuestro, de su cruz; y nosotros, después de escucharle, ¿de qué hablamos entre nosotros? o ¿de qué hablaremos con nosotros mismos en lo más íntimo y escondido de nuestro corazón, allí donde nadie ve, ni nadie escucha? ¿Seguiremos hablado quizá de la injusticia que nos han hecho y de que nos la van a pagar? ¿Seguiremos pensando en el capricho que tenemos, en un nuevo vestido, o un nuevo coche? Lo mejor que podemos hacer hoy es tomarnos un rato de silencio para responder a la pregunta de Jesús: **¿de qué veníais hablando por el camino?**

Sería utilísimo recordar este Evangelio cada día de esta semana y, al final del día, ponernos delante de Jesús y responder a su pregunta. Así, al menos, tomaríamos conciencia de nuestra disposición moral respecto de Jesucristo y no nos llamaríamos a engaño, creyendo que somos buenos cristianos, cuando en realidad nuestro corazón está muy lejos de nuestro Señor.

Él se dispone a obedecer la disposición de su Padre por amor nuestro. Él, en su oración, dialoga con su Padre para hacer su voluntad y quiere hablar de ello con los suyos, con nosotros, para hacerlos partícipes de su camino, de su misión, de su vida. En el fondo, nos habla de su amor por nosotros, que se va a consumir en la cruz, mientras ¿qué diálogo mantenemos en el fondo de nuestra alma? Quizá hagamos que no entendemos, quizá guardemos silencio ante él, y vueltos de espaldas a él hablemos con nosotros mismos. ¿De qué? ¿de qué hablabais o discutíais por el camino? Cristo sabe bien lo que hay en el fondo de nuestro corazón, pero será bueno que nosotros nos confrontemos con él y respondamos su pregunta. Será bueno que sintamos vergüenza ante él, como la sintieron los apóstoles y que esta vergüenza se convierta en una medicina beneficiosa para sanar nuestra alma. La vergüenza da paso a que podamos corregir nuestro error moral y nos pongamos en la disposición adecuada para entender. La vergüenza permite que Cristo pueda seguir enseñándonos, pero demos este primer paso.

Alabado sea Jesucristo.

P. Enrique Santayana